



Circolare del Superiore Generale

SOCIETA DI MARIA - MARIANISTI

CIRCULAR N° 14

A TODOS LOS RELIGIOSOS MARIANISTAS DE MÁS DE 70 AÑOS

P. David Joseph Fleming, S.M.
Superior General de la Compañía de María,
Misionero Apostólico

**Roma, 12 de Septiembre del 2005
Festividad del Santo Nombre de María**

CIRCULAR N° 14
12 DE SEPTIEMBRE DE 2005

DAVID JOSEPH FLEMING, S.M.
Superior General y Misionero Apostólico,
a todos los Hermanos de la
Compañía de María

A TODOS LOS RELIGIOSOS MARIANISTAS DE MÁS DE 70 AÑOS

Estimados hermanos,

Durante estos años trabajando en Roma y viajando a las distintas Unidades de la Compañía por todo el mundo, ha llamado mi atención el papel clave que desempeñan las diversas generaciones de la Compañía. Cada edad aporta distintas gracias, distintas necesidades y desafíos.

Este año, a medida que voy aproximándome al final de mi servicio en la Administración General, espero escribir tres circulares, ésta especialmente dirigida a vosotros, nuestros religiosos de mayor edad, otra a los que tienen menos de 40 años, y una tercera a los comprendidos entre ambos. Si os interesa, quizá también deseéis leer las cartas dirigidas a los otros grupos. De este modo, espero estimular cierta reflexión acerca de nuestras tareas de vida y cierto diálogo entre los distintos grupos de edad de la Compañía.

Es un placer escribiros esta carta a vosotros, nuestros religiosos por encima de los 70. Sin duda alguna, formáis un grupo muy importante y activo dentro de la Compañía. En estos momentos sois 490, lo que representa aproximadamente el 35% de un total de 1.390 religiosos. En cuatro años yo formaré parte de vuestro grupo, así es que vuestra situación como religiosos marianistas tiene para mí un interés existencial inmediato.

Os escribo, en primer lugar, para daros las gracias por todo lo que habéis hecho y habéis logrado, por vuestra dedicación generosa a la vida marianista a lo largo de vuestra vida.

También os escribo para subrayar que la vocación de ser un “misionero de María” es un proyecto para toda una vida, algo que sigue aportando ricos resultados a cualquier edad, no una tarea de la que nos retiremos a alguna edad específica. Pienso que estáis llamados a dar testimonio del significado y la vocación de las personas de más edad en nuestro mundo de hoy en día: a mirar atrás a la vida con gratitud, a seguir sirviendo a los demás activamente en un espíritu de gratuidad, y a compartir la riqueza de vuestra experiencia de vida con las generaciones futuras. Os escribo para animaros a que nos brindéis los dones característicos de vuestro tiempo de vida con entusiasmo y creatividad.

Actitudes ante el envejecimiento

Nuestra Regla de Vida habla de religiosos de edad, diciéndonos que “hasta el fin de nuestros días nos gozamos en gastar en servicio de María una vida y unas fuerzas que le son debidas” (art. 91) y nos habla de la actitud de otros hermanos hacia los que ya se han retirado, diciéndonos que “Todos aprecian su testimonio de serenidad y de fidelidad, su rica experiencia y la valiosa contribución de oración y ejemplo que pueden aportar. Estos religiosos merecen la atención de sus hermanos y un cuidado especial de sus superiores” (art. 3.5).

A veces no estamos a la altura de este ideal. Algunos religiosos de cierta edad parecen tristes y presas del derrotismo. Los superiores en general están muy atentos a las necesidades de los religiosos de más edad, pero no siempre logran involucrarles en la misión y en el apostolado. En ocasiones otros religiosos más jóvenes sienten la tentación de dejar a un lado el esfuerzo del diálogo y la comprensión transgeneracional, y adoptan la actitud de que no puede contarse con los mayores, de que debería dejárseles a un lado. Gracias a Dios, las actitudes que acabo de mencionar no son las dominantes.

Antiguamente, se suponía que las personas por encima de los 70 estaban ya en el límite superior de la vejez, aquejados de distintas dolencias e incapaces de trabajar. Sin embargo, actualmente, gracias a las bendiciones de la medicina y de la higiene, la mayor parte de vosotros tenéis vidas activas, seguís sirviendo a los demás de maneras increíblemente variadas, participando creativamente en nuestra vida de comunidad, de oración y de misión. De muchos modos, sois el vínculo viviente entre nuestra Compañía actual y nuestra rica herencia.

Como todas las personas de vuestra edad, tenéis algunos problemas de salud, mayores o menores pero, gracias a Dios, aún os siguen permitiendo a la mayoría de vosotros disfrutar de una buena calidad de vida. Más que nunca antes, la sociedad en general es consciente de las realidades, los potenciales y los retos de las personas de vuestra edad. En la Compañía, vuestra valiosa experiencia como religiosos de edad es objeto de reflexión y redacción, de grupos de estudio y Capítulos.

Por supuesto, el grupo que integráis es muy diverso. A medida que avanzamos en edad, cada uno de nosotros tiende a tener una personalidad más característica, única, con rasgos individuales más desarrollados y acentuados. La salud y la energía en vuestro grupo de edad son también muy variadas, al igual que lo son las costumbres nacionales y las legislaciones referentes a la jubilación. Por otra parte, hay una enorme diferencia de experiencias en una franja de edades que va de los 70 a los 104, ¡que es lo que encontramos entre nuestros religiosos de edad!

La pirámide de edades

La pirámide de edades en la Compañía de María no tiene precedente en nuestra historia pasada, si bien es similar a la de la mayoría de las congregaciones religiosas de la Iglesia actual. En realidad, más que una pirámide, tiene el aspecto de una columna con un globo en la parte superior.

Actualmente, la edad media del conjunto de la Compañía es de 63 años. En el límite superior, tenemos 84 religiosos por encima de los 85 –una edad que raramente se alcanzaba en el pasado. El grupo de edad de marianistas más ampliamente representado (334) es el comprendido entre los 61 y 70 años.

La franja más estrecha en nuestra pirámide de edad se encuentra en torno a los 40-60 años, con 171 religiosos entre 50 y 60, y sólo 126 entre 40 y 50. Y, sin embargo, estos son precisamente los grupos de edad entre los que naturalmente buscamos una capacidad de gobierno.

En las edades más jóvenes, puede que la base nuevamente se esté ampliando ligeramente, especialmente en nuestras “nuevas” Unidades de África y Asia. Tenemos 136 religiosos de entre 30 y 40, y 113 por debajo de los 30, que es cuando la mayor parte de los religiosos entran en la Compañía.

Parece indiscutiblemente cierto que nuestro número total va a seguir reduciéndose aún durante algún tiempo. Las próximas generaciones de marianistas, al menos durante algunas décadas, tendrán un número de integrantes más reducido que las que habéis conocido.

Como es natural, muchos lamentan este descenso numérico y esta distribución de edad desigual, cargada en la parte superior. Pero los números no son el criterio clave en el Reino de Dios; Dios hace grandes cosas con grupos minúsculos, como los doce apóstoles o los 300 soldados de Gideón (Jueces, capítulo 7). No debemos olvidar que nuestras congregaciones religiosas fueron obra del padre Chaminade cuando tenía ya una edad avanzada. En lugar de lamentarnos por nuestra realidad, mejor sería que nos alegrásemos de la riqueza de vida que habéis experimentado como religiosos, diésemos gracias por ello, nos alegrásemos por las posibilidades creativas y gratuitas que aún seguís experimentando, e hiciésemos el mayor esfuerzo posible para transmitir vuestra riqueza de vivir el carisma a aquellos que, independientemente de su número, vengan después de vosotros.

Vuestra experiencia vital

Habéis vivido un período dramático de la historia. Este hecho siempre me llama la atención cuando escribo cartas a nuestros jubilares y repaso el historial de sus funciones y logros.

Entrasteis en la formación y alcanzasteis la madurez en una época en la que la cultura europea clásica aún dominaba el mundo, una época de dura confrontación entre bloques políticos e ideológicos. Como católicos de fe, cuando os unisteis a la Compañía estabais inmersos en una serie de costumbres aparentemente inmutables y verdades incuestionables. Las grandes casas de formación de aquella época eran símbolos apropiados de la enorme solidez de la cultura católica y del mundo marianista dentro de ella. Parecía como si nada básico hubiera nunca cambiado o pudiera hacerlo.

Cuando entrasteis en la Compañía, la vida religiosa parecía absolutamente fundamental en la vida de la Iglesia. La “separación del mundo” era un valor clave de la vida religiosa, y toda una serie de prácticas, que todos daban por sentadas, claramente la diferenciaban de la vida seglar. La gente de vuestra generación, al contrario que los religiosos más jóvenes, recuerda y tiene historias que contar sobre costumbres como la oración en latín o los cantos gregorianos, las lecturas en la mesa, el Capítulo de Culpas, y el Pequeño Oficio de la Inmaculada Concepción.

Nuestras grandes casas de formación estaban llenas a rebosar, y nuestros apostolados tradicionales florecían. La única perspectiva imaginable – exceptuando la tragedia de otra guerra o persecución – era un crecimiento lineal continuado. Recuerdo vívidamente cómo en mi propia provincia en la década de los 60 preveíamos el número de religiosos futuros y soñábamos con los edificios que necesitaríamos para alojar a los nuevos miembros y con los colegios que tendríamos que abrir.

Pero la ilusión del inmovilismo cultural-ideológico y del crecimiento lineal se desvaneció rápidamente. No hay muchos paralelismos en la historia con el rápido cambio que habéis experimentado. Sólo las épocas de la Reforma y de la Revolución Francesa ofrecen experiencias comparables de transformación en tan breve espacio de tiempo.

En vuestra vida cultural y religiosa se ha producido un movimiento de tierras. Casi todo nuestro estilo de vida ha sido objeto de examen y de replanteamiento. Muchos de vosotros habéis recibido con agrado los rápidos cambios en la Iglesia y en la sociedad en general, y habéis participado activamente en su promoción y educación para alcanzarlos.

Durante vuestros años de máxima actividad, rechazamos gran parte del pasado, y sólo después empezamos a preguntarnos si quizá no habíamos perdido demasiado o habíamos avanzado demasiado aprisa. Muchos de nosotros creíamos tener ideas acerca del papel y la misión de la vida religiosa pero, aún así, en ocasiones parecíamos ir a la deriva, sin claridad de objetivos y enfoque claro. Muchos amigos y compañeros se fueron para seguir otro camino, dejándonos con cierta sensación de soledad. Nuestras instituciones, tan importantes para el estilo de vida marianista, se transformaron hasta quedar casi irreconocibles. Experimentamos un nuevo papel para los laicos, nuevas formas de relacionarnos con ellos; en la Iglesia, en ocasiones sentimos que los laicos se perciben, mucho más claramente que nosotros, como los protagonistas del futuro. Nuestro propio papel no siempre está tan claro.

Simplemente haber sobrevivido y haber mantenido un compromiso permanente como religiosos en tiempos de cambio como éstos no son gracias ni logros desdeñables. A pesar de todos los contratiempos y desilusiones que habéis experimentado, estoy convencido de que vuestra época pasará a la larga historia de la vida religiosa como un período de creatividad y valentía extraordinarias. Nada de valor que hayáis logrado se perderá.

Habéis mantenido y conservado nuestros apostolados históricos de educación y servicio pastoral que siguen siendo de una valía extraordinaria para la Iglesia y el mundo. Habéis tendido la mano a nuevos apostolados creativos como la orientación espiritual de las comunidades laicas cristianas, el servicio a los pobres, y formas creativas de educación alternativa. Habéis fundado nuevas comunidades y nuevos grupos de marianistas, laicos y religiosos, en más de veinte países donde no estábamos presentes cuando entrasteis en la Compañía. Habéis sido profesores y escritores, pastores, animadores de juventud y organizadores, expertos técnicos y hombres prácticos, administradores, generosos colaboradores de trabajo junto con muchos otros. Habéis transmitido lo mejor de la cultura católica y habéis trabajado intensamente para desarrollar los extraordinarios nuevos contenidos del Concilio Vaticano II. Todos éstos son logros excepcionales.

Pero estos logros no han sido fáciles de alcanzar. Cada uno de vosotros tiene su propia historia de respuesta a estos difíciles tiempos de transformación. Habéis llevado a la práctica muchas visiones sociales y eclesíásticas nuevas, y al mismo tiempo la mayor parte de

vosotros habéis ido avanzando a lo largo de la secuencia continua a la que me refería en la Circular n° 9, cuando hablaba de “testimoniar la esperanza que hay en nosotros”:

- desde la negación de cualquier problema hasta la culpa de alguien por sus causas,
- desde la culpa hasta la negociación para la búsqueda de soluciones,
- desde la negociación hasta la resignación ante el inevitable declive ,
- desde la resignación hasta la esperanza ante un nuevo futuro.

Independientemente de dónde estéis actualmente en esa secuencia, estoy seguro de que en el proceso habréis aprendido a tener mucha paciencia.

Mirando hacia el pasado con gratitud y reconciliación

Sigue habiendo una profunda cuestión de discernimiento en esta etapa de vuestra vida. Sería un error – una receta para el tedio y el aburrimiento – pensar que ante nosotros no hay nada nuevo o diferente. Como alguno de vosotros dice “Señor, ¿qué quieres de mí en el crepúsculo de mi vida?”

Sin duda, una de las primeras cosas que el Señor desea en esta etapa es gratitud, la capacidad de recrearnos en los dones del Señor que nos han acompañado una y otra vez en el viaje de nuestra vida. Durante muchos años el Señor ha estado con vosotros, acompañándoos en cada paso de vuestra vida dado en la Compañía de María al servicio de los hombres y mujeres de nuestra Iglesia y el mundo. Dios ha trabajado a través de vosotros para el bien de muchas personas a las que habéis servido. Es natural y bueno para los religiosos de edad dedicar cierto tiempo a mirar atrás en el tiempo, recordando los modos en los que Dios ha sido tan fiel, y las formas en las que han intentado responderle. Un sentimiento general de gratitud por la bondad y la gracia de Dios, para nosotros personalmente y a través de nosotros para los demás, debería ser el sello distintivo de estos años. Con María podéis orar sinceramente, a partir de la experiencia personal vivida, y decir “Dios que es poderoso ha hecho grandes cosas por mí, y sagrado es su nombre”.

El sentimiento de sencilla gratitud y serena plenitud es quizá vuestro mayor don a nosotros, a los demás marianistas – lo que los psicólogos del ciclo de la vida denominan “integridad”. Sois, o podéis ser, hombres de gran integridad para el resto de nosotros.

Vuestro ejemplo muestra que nuestro tipo de vida hace que merezcan la pena las luchas y los sacrificios. Muestra que nuestro modo de vida es un don rico y fructífero a la Iglesia y al mundo de hoy en día, una manera de transmitir el evangelio de la vida y el amor a los demás.

Vuestra realidad diaria puede requerir una gratitud especial a los muchos marianistas y amigos y trabajadores laicos que os prestan la ayuda y apoyo extra – físico, psicológico, espiritual – que necesitáis en este momento del viaje de vuestra vida.

La gratitud no excluye reconciliación y arrepentimiento. La mayor parte también siente cierto resentimiento y pesar cuando echa la vista muchos años atrás en su vida religiosa. El ritmo algo más lento de esta tardía etapa de la vida es un tiempo de reconciliación, tras largos años de experiencia, una oportunidad de hacer algunos nuevos comienzos y de dejar salir viejas penas soportadas. De un modo especial, estos años son un tiempo de reconciliación en comunidad, perdonándonos, a vuestros compañeros marianistas, por la participación que podamos haber tenido en los episodios dolorosos de vuestra experiencia, y experimentando la

disposición de vuestros hermanos de perdonar cualquier dolor que les podáis haber ocasionado a lo largo de los años.

Tentaciones de la edad madura

Ninguna edad está libre de dificultades. Todos sabemos que muchos peligros espirituales y psicológicos os acechan particularmente a vosotros. Principalmente consisten en ceder ante el cansancio, la tristeza o la amargura.

Es fácil ceder ante los dolores físicos y limitaciones de la vida diaria. Podemos llegar a obsesionarnos con los conflictos y tedios de la comunidad, y en ocasiones con la falta de entendimiento de las jóvenes generaciones.

Podemos anhelar regresar a un pasado idealizado, y podemos intentar imponer nuestros métodos y modos a los demás. Como resultado, dejamos de cultivar la enorme gratitud que debemos a Dios por nuestra experiencia.

Algunos caen en una estrecha y limitada variedad de intereses, indiferentes a la mayor parte del mundo fuera de sí mismos. Pueden instalarse en comodidades y pasatiempos. Como los años les han hecho hábiles en la auto-justificación, racionalizan su actitud: “Estamos cansados,” parecen decir, “ya hemos hecho lo que hemos podido en este mundo enloquecido. Ahora nos hemos ganado el derecho a descansar, a vivir en paz”. Estas personas racionalizan su mundo centrado en sí mismos como la mejor respuesta a un modo cínico de desesperanza, y dicen que ya no les queda idealismo. Se acomodan en una vida tranquila y plácida, aunque aburrida.

La tentación más habitual de todos puede que sea una actitud refunfuñona, una postura quejumbrosa ante los muchos problemas, grandes y pequeños, de la vida diaria.

Si sucumbimos ante dichas tentaciones, no podremos ser los religiosos de edad madura integrados, serenos, agradecidos, que ayudan a todos los que creen que la vida marianista realmente merece la pena. Las actitudes que acabo de describir constituyen una renuncia a la vocación a la que estamos llamados, individualmente y como comunidad. Es maravilloso apreciar que la mayor parte de vosotros se resiste a estas tentaciones con bastante eficacia.

Abandono a lo Único Necesario

Vuestra experiencia tiene una dimensión pascual. Sois llamados por las experiencias de la vida a la aceptación y al abandono, a abandonar algunas cosas y actitudes y capacidades que apreciabais en el pasado. Durante estos años también se os invita a experimentar un nuevo tipo de vida en Cristo.

Para muchos de vosotros, con los años, la vida se ha simplificado y aclarado, reduciéndose a unas cuantas cosas que de verdad son importantes. Un amigo mío marianista me dijo que él compara su experiencia de envejecer con el reto de los discípulos llamados por Jesús a abandonar sus redes de pesca y seguirle (Mateo 4, 19 y paralelos). En ese momento de su vida, en torno a los 70, se siente llamado a dejar atrás las redes que han ido enredándole en su larga experiencia, que le encadenan al pasado o al presente, y le impiden avanzar hacia el futuro de Dios. Incluso da nombre a algunas de esas redes: el desaliento dominante y la tristeza, las racionalizaciones falsas, el afincarse en una cómoda mediocridad.

En nuestros años maduros, salvo que redescubramos al Señor, a cuya presencia nos vamos acercando rápidamente y que nos ha dado nuestra vocación como una gracia, nada nos queda. Mirar atrás en la vida religiosa sin ese sentimiento personal de la presencia de Dios no nos hace ver sino un fracaso inútil, haciéndonos dudar de que nuestras vidas hayan valido la pena.

La convicción y la paz sólo pueden fluir a partir de una relación personal con Dios. Jesús puede decirnos, como a Pedro, que “cuando eras más joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará adonde tú no quieras”. Traumatizados por la escasez de religiosos jóvenes, podemos preguntar, como hizo Pedro cuando miró a Juan: “¿Y él, Señor?” y Jesús simplemente respondió: “... ¿qué te importa a ti? Tú, sígueme” (Juan 21: 18-22).

El padre Chaminade, que cumplió 70 años en 1831, poco después de una segunda Revolución y mientras su jovencísima Compañía experimentaba crecientes sufrimientos, conoció esta fase pascual de la vida muy bien. La vivió con una gran lucha y con gran dedicación a los que le rodeaban. Parecía tener las experiencias de los religiosos de edad muy particularmente en cuenta cuando hablaba y escribía acerca de las “virtudes de consumación”: humildad, modestia, renuncia del propio yo, y desprendimiento de las cosas que atan. Experimentó el desafío de estas virtudes personalmente en sus últimos años, cuando fue ignorado y rechazado por sus discípulos. Es un modelo para nosotros en el proceso de fidelidad, crecimiento continuo, y mantenimiento de un espíritu misionero en la vejez.

La palabra final en la experiencia pascual de seguir a Jesús es una novedad personal de la vida para cada uno de nosotros. Todos sabemos que la muerte puede llegar a los religiosos a cualquier edad, pero su proximidad va convirtiéndose en certeza a medida que envejecemos. El testimonio del fallecimiento de hombres ejemplares a quienes hemos conocido íntimamente y que ya están con el Señor tiene una gran fuerza para nosotros en este momento de la vida.

Contemplación e intercesión

Tradicionalmente, los últimos años de la vida se han considerado un tiempo durante el que centrarse en la eternidad. El final de la vida no está distante, y nuestros pensamientos y esperanzas se centran aún más claramente en lo que está más allá. Es un buen momento en la vida para crecer en nuestra capacidad de reflexionar y en nuestra experiencia para orar en contemplación. Para poder crecer en esta dirección, tenemos que superar una conformidad meramente de respeto al programa de la comunidad para entrar a una vida de reflexión y oración que representa un encuentro personal intenso con Dios, una reunión aquí en la tierra, pero en la antecámara de la eternidad.

En la vida marianista actual, estos años normalmente nos brindan tiempo libre, un ritmo más pausado y un conjunto de responsabilidades menos exigente. Ahora, más que nunca, tenemos la oportunidad de intentar ver el mundo que nos rodea con los ojos de Dios el Padre, que lo creó y vio que era bueno, con los ojos amorosos y redentores de Dios el Hijo, con el poder capaz de dar vida de Dios el Espíritu, y también con la mirada misericordiosa de María: *illos tuos misericordes oculos*. Tenemos tiempo para orar por los demás, para darles nuestro aliento y para pedir a Dios misericordia y amor para ellos.

El espíritu de contemplación y de intercesión nos hará ancianos diferentes, un signo de vida para los que nos conocen. Ser paciente, y estar al mismo tiempo involucrado en la vida y en la misión en torno a nosotros, es una gran gracia. Seguimos compartiendo la misión común, al menos mediante el ministerio de intercesión y el apoyo fraterno. En lugar de sentirnos retraídos, cansados y egocéntricos, desmotivados por las contrariedades de la vida, deberíamos sentirnos felices y entusiastas siguiendo a Jesús y María.

Libertad misionera y creatividad, espíritu fructífero y generador

Llegemos a la edad que lleguemos, nunca nos retiramos de la vocación de ser “misioneros de María”. “Haced lo que El os diga” sigue siendo la consigna de María, a cualquier edad de la vida.

Pero las expectativas de nuestro trabajo cambian, y tenemos que desprendernos del pasado, sentirnos agradecidos por las nuevas posibilidades. Frecuentemente a esta edad podemos trabajar gratuitamente, como un obsequio en vez de como una obligación social legislada. Podemos ser creativos y abrir nuevos estilos de apostolado, sintiéndonos menos atrapados por las exigencias burocráticas y económicas. Nuestro trabajo, dado libremente, se hace especialmente fructífero y generador de nueva vida para el futuro.

Podéis aplicaros lo que el Papa Juan Pablo II decía en *Vita Consecrata* acerca de la vida religiosa en general: “vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir”(*Vita Consecrata* 110).

Es doloroso ver cómo algunos religiosos de edad se aferran demasiado a tareas y posiciones de autoridad e influencia. También es doloroso ver a otros que parecen no tener nada que hacer. Algunos parecen sentirse estériles, como ancianos sin descendencia. Por el contrario, los que siguen dando lo que pueden por el bien de las personas que les rodean, sin imponer su propio control y puntos de vista, se convierten en importantes arquitectos del futuro de la Compañía de María y de nuestro mundo moderno.

Incluso si aún no estáis retirados del trabajo desarrollado durante toda vuestra vida, os animo a pensar muy seriamente en cómo hacer vuestra mejor contribución a los demás en vuestro momento actual. Puede que necesitéis nuevos enfoques. Si estáis oficialmente jubilados, os animo a buscar activamente formas de ser “misioneros de María” dentro de vuestros límites pero también con todo el talento, experiencia y libertad apostólica que tenéis.

Vuestros años de madurez pueden daros la oportunidad de experimentar de un modo nuevo ese ardor amoroso de servicio que a nuestros fundadores les gustaba denominar “celo”. He aquí algunos ejemplos que he encontrado en las distintas Unidades de la Compañía:

- Muchos Marianistas de edad siguen estando presentes en comunidades en las que han servido durante mucho tiempo, apoyando la misión de la comunidad mediante múltiples prestaciones extraordinarias, mediante su presencia, y mediante los múltiples contactos con la gente que han ido conociendo a lo largo de tantos años, mediante su testimonio como personas que siguen dándose a sí mismas con amor para construir el Reino de Dios.

- Algunos juegan un papel importante en casas de oración o centros de espiritualidad, acompañando a otros mediante su intercesión, mediante el ejemplo, y mediante su rica experiencia en los caminos de Dios.
- Algunos religiosos de edad son fantásticos maestros de la espiritualidad para personas de todas las edades, apoyando el trabajo del apostolado vocacional y actuando como asesores espirituales de las Comunidades Laicas Marianistas.
- Algunos se han trasladado a barrios más pobres, dedicándose a las necesidades y al aliento de la gente sencilla en torno a ellos. Asisten las necesidades de los más pobres, como inmigrantes y poblaciones minoritarias, que necesitan ayuda para adaptarse a la cultura dominante.
- Muchos ejercen como tutores y guías, ofreciendo su larga experiencia educativa para responder a las necesidades de personas que de no ser así no podrían obtener la ayuda especializada que requieren.
- Algunos se entregan a la atención personal a los enfermos, ya sean personas de su propia generación o personas afectadas por las plagas de nuestro tiempo como el SIDA y las enfermedades mentales.
- Algunos, de un modo particularmente bien valorado, actúan como mentores y modelos de conducta, fuentes de orientación y de inspiración en las jóvenes y crecientes áreas de la Compañía.
- Otros incluso han encontrado el valor de empezar la vida marianista en nuevos lugares, como Abraham, que dejó las comodidades de Ur de los Caldeos cuando tenía 80 años.

En la naturaleza de las cosas, esta presencia de los religiosos de edad puede verse limitada por el tiempo, no instituciones permanentes sino testimonios de la creatividad sin límites de Dios. En nuestros últimos años nos damos cuenta, de modo intenso, de que nada es para siempre. Sin embargo, el testimonio gratuito de nuestros hermanos de edad muestra inequívocamente que Dios nunca nos deja sin recursos para el servicio a los demás.

María, la mujer de edad madura

Una de mis imágenes favoritas de María es una estatua creada por el Hermano Joe Aspell para una parroquia de California. Muestra a María como a una mujer de edad madura, sentada en pacífica contemplación, con los ojos abiertos y atenta al mundo en torno a sí. Quizá podamos imaginar que la representa en un momento de reposo durante los trascendentales primeros años de la Iglesia post-pentecostal. Su papel, parece sugerir, es menos predicar u organizar que servir como punto de referencia para la joven Iglesia, transmitir a los que la rodean la sabiduría y el sentido de la presencia de su Hijo que ella había aprendido a lo largo de los años.

Nuestros años de madurez pueden ser un momento especial para entrar en este espíritu, para redescubrir nuestra relación con María y para compartir de un modo diferente su misión. Las Constituciones de 1891 que memorizábamos en nuestros noviciados se hacían eco de San Bernardo asegurándonos que María es la *tota ratio spei nostrae*, la mayor confianza, la

máxima razón de nuestra esperanza (art. 295). El Vaticano II retomó una idea similar cuando concluyó su Constitución de la Iglesia con la figura de María, “imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro... un signo de esperanza cierta y consuelo para el peregrinante pueblo de Dios” (*Lumen Gentium*, no. 68). Como marianistas, estamos invitados a seguir creciendo en nuestro sentido de la presencia y actividad de María, incluso hasta el final de nuestras vidas.

Concluyo esta carta dejándoos con esta imagen de una María que comparte vuestra experiencia de vida. ¡Que ella os acompañe mientras proseguís vuestro camino a su servicio!

Fraternalmente,

David Joseph Fleming, S.M.
Superior General



Comentarios del artista, Br. Joseph Aspell, SM:

“En María, la mujer madura, vemos reflejadas nuestras propias vidas. Cuando comencé a esculpir a María como una mujer madura, se convirtió en alguien en quien, pensaba, la gente podría reconocer su propia imagen.

“La suya no fue una vida protegida. Después de dejar atrás a la joven de la Anunciación, aquí la vemos como alguien que ha vivido las mismas contradicciones a las que se enfrentan nuestras vidas, especialmente las vidas de millones de los pobres del mundo.

“He aquí una persona que hizo frente al misterio de su propia vida. Me pareció que la gente de hoy, especialmente las mujeres, busca esta mujer madura en cuya sabiduría poder encontrar fuerza e inspiración

“En los Evangelios carece de hogar en el momento del nacimiento de su hijo. Ella y su familia son el blanco de una masacre. Se convierte en refugiada y ha de huir de su propio país para convertirse en extranjera en una tierra y cultura extrañas. Después, sus propios vecinos expulsan a su hijo de la comunidad en la que ella le había criado. Queda viuda, quizá a una edad temprana. La tradición dice que vivió sus últimos años en un lugar extranjero.

“Más allá de estas dificultades, como nosotros, ella también experimentó una crisis de fe. Fue la contradicción de sobrevivir a su hijo. Y también la contradicción de que todo lo que su cultura le había llevado a creer, no ocurrió – esto no era lo que se suponía que iba a ocurrirle al Mesías. En aquel momento tuvo que tomar su fe y hacer de ella más que lo que otros decían. Tuvo que hacer de ella su propia fe. Lo logró y ésta es la persona que vemos en Pentecostés.

“El momento es Pentecostés cuando ella, una mujer mayor, ayuda a la primera comunidad cristiana a recibir el Espíritu Santo. Las Escrituras nos ofrecen en Pentecostés un momento clave donde nuestras nociones de comunidad y María convergen”.